

## EL MUCHACHO Y EL DRAGÓN

El muchacho penetró en la húmeda cueva y se acercó al dragón. Emergió el brillo metálico de un arma punzante al salir de la vaina y se alojó entre sus manos. Pensamientos de toda clase se agolparon en su mente, lo retorcián impidiéndole apartar la mirada de su objetivo.

Esa criatura había poblado buena parte de sus infantiles sueños. Dibujada de mil maneras por su corazón. Libre, surcando el cielo, pero en ninguno de ellos con la sangre de tan hermoso animal, bañando su propio cuerpo.

El sonido de las salpicaduras al revotar el agua contra sus pies en lento movimiento, le devolvió a la instancia. Tenía que hacerlo. Debía hacerlo.

Sobre la mesa solo habían dos cartas: La suya y la del dragón, y todavía quedaba mucho por lo que deseaba vivir, a pesar de tan despreciable acto que inminentemente iba a llevar a cabo.

La criatura, cuyas alas extendidas y en constante aleteo podrían hacer caer árboles por la arremetida del aire y el fuego contenido en sus cavidades incinerar bosques enteros, se encontraba dormida. Roncaba sin temor a que su descanso se viera perturbado, mientras soñaba con plegarse en complejos zigzag entre las nubes para dejarse caer cientos de metros en picado sobre alguna oveja. Pero nada le serviría ser un ser longevo capaz de vivir mil años, un espadazo con la suficiente fuerza perforaría su corazón, se retorcería durante varios minutos hasta expirar su último aliento.

Lo odiaban por cazar para alimentarse, aferrándose a la vida de manera desesperada. Por no ser causa o razón de un bien superior. Sin embargo los humanos no eran mejores. Las abejas polinizan las plantas, las cabras esparcen las semillas con sus excrementos, otros forman cadenas tróficas. ¿Qué eres tú, lector de estas palabras? Lo mismo que él, una equivocación de Dios. Un hijo no deseado que empezará a ser útil en el momento de su muerte cuando estercole la tierra y sirva de pasto para los gusanos.

Se dio la vuelta azuzado por una corazonada imberbe. Las premisas con las que se había resguardado a lo largo de su vida se fueron disgregando por los hechos acaecidos hasta que la venda terminó de ceder y no quedo nada. Lo miro por última vez y salió de la instancia

<< No voy a matarte aunque los míos me desprecien al saber que habría podido, pese a que algún día escuche el lamento de alguien que sufrió la consecuencia de tu hambre. Vagare por el yermo suelo, el tablero donde tú y yo estábamos destinados a encontrarnos como inventos de la imaginación desbordada de algún vil narrador>>

ALBERTO ORTIZ BECERRIL